



# Escrito en el agua

José María Pérez-Muelas Alcázar @PepeSutullena

## Mariana Enríquez. LA MUERTE COMO ESCAPATORIA

**A** lo largo de su historia, la literatura no ha dudado en refugiarse en la muerte como forma inequívoca de existencia. Resulta paradójico, pero no hay tema más universal en las letras y en el arte que el final de la vida. Escribir sobre la muerte es una forma noble de encarar el asunto. Mirar a los ojos a la Parca, al abismo, al vacío, a lo que cada uno quiera creer, es un ejercicio exigente que necesita lucidez.

**Se trata de un proyecto aplazado pero que tarde o temprano deberemos enfrentar.** A veces se ha escrito sobre la muerte de una manera misteriosa, posando en el lector la incertidumbre del más allá. Otras veces con una vena religiosa, confiando en otra vida mejor a la nuestra, el paraíso, los ríos del Edén o la reencarnación. La muerte ha estado presente de muchas maneras y basta un vistazo rápido a nuestras librerías para apreciar el significado que ha tenido a lo largo de los tiempos. Los libros también nos alivian la angustia cuando perdemos a los seres queridos o cuando es nuestra historia la que está cerca del final. En cualquier caso, la muerte es el telón de fondo. La excusa del viaje. En este contexto, el libro que ha escrito **Mariana Enríquez** celebra la muerte desde el punto de vista de la vida. Reclama la memoria que van dejando los fallecidos en el mundo de los vivos. Es un homenaje a los cementerios, las ciudades donde habitan los muertos y por puro esfuerzo memorístico.

**«Alguien camina sobre tu tumba», publicado en Anagrama, es un paseo literario por 24 necrópolis a lo largo y ancho del mundo.** Pero sus límites van mucho más allá. Es libro ambicioso que no trata exclusivamente la descripción física de los lugares donde a día de hoy descansan ciertos nombres asociados a fechas concretas. Enríquez propone un viaje sentimental por el desfiladero de la muerte, pero lo realiza poniendo en claro la estética de los cementerios, a veces lúgubre y otras tantas luminosa. Es el paisaje literario que ha escogido la autora para llenar las páginas de anécdotas humanas que conforman también la historia de cada ciudad, porque los cementerios no son otra cosa que estratos pasados de generaciones que un día vivían al otro lado de la

tapia. Allí conviven nombres ilustres y epitafios anónimos. Tumbas que el musgo ha devorado y mausoleos que reciben la visita de miles de turistas al día.

Que no se engañe el lector al interpretar el libro como una antología de cementerios. Es mucho más que eso. Las necrópolis son la ventana abierta de las que se sirve Enríquez para explorar pensamientos y recuerdos. Sus crónicas conjugan la literatura de viajes, la memoria original de su adolescencia, la crítica musical y literaria, y también la intimidad de sus pensamientos. Todo ello se une, por ejemplo, en el capítulo dedicado al camposanto de Staglieno, en Génova, donde el culto a la muerte, la fascinación por el arte y el éxtasis amoroso entre las tumbas se entremezclan. La autora consigue a lo largo de todo el libro un estado de escritura en el que el lector reflexiona sobre la fugacidad de la vida, sobre la magnanimidad humana en su deseo de perdurar, pero dejando al lector el sabor de los pequeños detalles que hacen el mundo de los vivos un lugar que merece la pena.

**Viajar visitando la cara oculta de las ciudades supone para la autora una especie de fetichismo.** Más que una adoración a la muerte, su escritura supone el paradigma de asumir la vida en todos sus recovecos. Acude a los cementerios con amigos, acompañada de guías o con su pareja. También con otros escritores para demostrar, lápida y libros, que pasear entre tumbas invita a encontrarse con la belleza de cada gesto cotidiano. En ellos transcurren conversaciones dispares, similares a las que tuvieron los muertos en vida. Se detiene a contar la historia de algunos personajes famosos y de otros anónimos, porque las necrópolis se forman en el balance de estas dos fuerzas. Y el lector, gracias a una prosa intensa y sin complejos, descubre que el cementerio más hermoso del mundo está en Punta Arenas, al sur de Chile; o se sumerge en un mundo oscuro de asesinatos, en



Savannah; o codicia la magia negra de Nueva Orleans, donde los seres queridos recuerdan a sus familiares con extraños rituales; o se acerca al Mausoleo Negro, en Edimburgo, uno de los encuentros más fiables con el mundo de la fantasmagoría.

**Mariana Enríquez ha propuesto una bajada a los infiernos.**

Concretamente, una catábasis en cada cróni-

ca a lo largo de sus viajes. Y al igual que Ulises y Eneas descubrieron que el mundo de los muertos era asumible, el lector se entremece con el retrato que la autora recrea en cada uno de los cementerios que visita. Porque son historia viva de cada ciudad, el lugar donde el arte toma el pulso de las generaciones pasadas, incluso más que en los museos. En las estatuas funerarias hay una muestra de sensualidad que Enríquez adquiere en su escritura. Alguien camina sobre tu tumba también puede leerse como un catálogo de arte. Las ciudades encierran en los cementerios un museo al aire libre que ofrecen la posibilidad de perderse por calles silenciosas.

Se produce también una conversación cercana con la muerte y con los muertos. Lo vemos en capítulos como los dedicados al cementerio de Guadalajara en México o al viejo cementerio judío de Praga. El lector que haya leído la *Antología de Spoon River* de E. L. Master entenderá el libro de Enríquez como un palimpsesto. En el poemario del escritor americano los muertos son conocidos por los epitafios que han escrito sobre ellos. Se trata de una mitología popular inventada a través de la memoria de los muertos. Son versos sencillos que atrapan vivencias pasadas. Ese mismo espíritu lleva a Mariana Enríquez a escribir un libro entrañable, que ayuda a pensar en la muerte como un hecho cotidiano, no exento de belleza, a entablar un diálogo con el dolor por la falta de los seres queridos. Enríquez ha conseguido convertir los cementerios en un *beatus ille* moderno, ese lugar al que escapar cuando ya no aguantamos los hechos de los vivos.